

de **BORIS PASTERNAK**

La novela de Pasternak ha llegado a nuestras manos, cuando una lluvia excesiva de comentarios había caído ya sobre nuestro ánimo, y, quieras o no, dejó sus huellas sobre la tierra blanda de nuestro huerto.

La lectura a mi pesar, no he podido hacerla, dentro de una atmósfera límpida de ignorancias. Aun, queriendo olvidarlo, iba sintiendo el peso del recuerdo de lo que sobre Pasternak y su obra se había dicho, se había comentado. La lectura de los primeros capítulos la hice, abriéndome paso entre las telarañas, entre la maleza de una zarza de juicios más o menos acertados, más o menos erróneos. Y esto no es leer. Pero, poco a poco, el potente condor de la obra, el candor de la verdad, alado y elemental, su pura y singular poesía, su canto a la vida, fué barriendo todo prejuicio, y ya pude leer hasta el final de la mano del autor, bajo su sola influencia.

El verdadero protagonista del libro no es el doctor Jivago, aunque Yuri Andreievitch Jivago constituya su soporte, su columna vertebral. El verdadero protagonista es la vida o el hombre como individuo, como persona. El hombre unidad, no como fracción de un pueblo, ni cociente de una raza, ni pieza de una amorfa colectividad. Pensamiento, idea, que si bien puede parecer poco cristiano, examinado someramente es absolutamente evangélico, si recordamos que el Reino de Dios está dentro de cada uno, y que una vez logrado, lo demás nos será dado en añadidura. Y en todo lo demás, no puede faltar la potente caridad de ayuda, para el hermano herido, para el bien común de la Humanidad.

Realizarse, vivir plena y honradamente, saborear la alegría paulina del vivir, la alegría sencilla, sin complicaciones maravillada. Defenderse del complejo artilugio de los idearios falsos todos, y todos ellos con promesas de felicidad, de bienestar a largo plazo, cizañas que ahogan el corto y sabroso trigo de nuestra vida breve. Esta es la vida que defiende Pasternak.

La historia de Yuri Andreievitch es la historia de una de esas vidas, ahogada al fin en nombre de una vida mejor. Generación de inútiles mártires, porque la generación siguiente será llamada a ser nuevo mártir, en bien de la inmediata, y así sin fin.

Pasternak eleva su protesta y quiere demostrar la inutilidad de los sacrificios, para un bien lejano, que siempre nos huye, que siempre nos escapa. «El hombre ha nacido para vivir, no para prepararse a vivir».

Pasternak, sin egoísmos, con clara e inteligente visión, nos demuestra el valor del presente, nos recuerda el deber y el ineludible derecho de vivirnos, de realizarnos. En suma, de vivir amorosamente la vida que nos dió Dios. La idea de Dios la busca de Dios, es un factor constante en la obra.

A mi entender es un libro al margen de todo ideario político, ya que, a pesar de relatarse en él el trágico período de la revolución rusa, de sus luchas interiores, de sus confusas directrices, solo se sirve de ellos el autor como circunstancia negativa, en orden a la consecución de la clase de vida que defiende. Como no fuese una idea cristiana del vivir, una fuerza santa, pura y elemental, el comunismo u otro ismo cualquiera hubiesen sido atacados igualmente por Pasternak. Porque Pasternak, y ello es raro en un intelectual, no es un teórico. Odia teorizar y «objetivar». Ama la verdad, la auténtica vida y la naturaleza, en función de un sano subjetivismo, aureolado de poesía. No acusa, ni defiende; dice. «La vida sobrepasa infinitamente todas las teorías que podamos formular a su respecto».

La circunstancia ambiental de la novela es rigurosa y cierta, y nos da una idea justa del horror y de las distorsio-

## **ROMÁN VALLÉS**

Vallés intuye en algunas de sus creaciones el croma inconocido de la tierra sensible, de la tierra que sufre con el paso del hombre y que recibe la sangre pastosa de sus plantas lisas. Este cosmos íntimo aglutina materia, y da a la vez ligereza ambiental a sus creaciones.

La obra más reciente del artista demuestra el intento de un sentido espacialista, y como tal un sentido marginal de agilidad preside sus realizaciones de última hora. Pese a estas últimas manifestaciones, es más intenso y esencial el contenido de sus obras, cuando la materia es valorada de una forma primaria.

Ante obras como las de Vallés nos preguntamos por la estética del futuro. He ahí un impresionante problema que presenta el informalismo. Impresionante por lo real, y porque tiene vedado, en forma absoluta, el inhibirse.

La ciencia con su aire pujante encuentra ahora su contrapartida espiritual en este culto místico a la materia, en este primitivismo de aridez esencial.

De estas inquietudes plásticas deben salir nuevas soluciones. Lo necesitamos para seguir esperando, y para seguir luchando por esta impresionante amanecida que representará el tiempo futuro, que ya empieza a alborear.

Se entrevé este concierto de voces sólidas y pétreas, persiguiendo el espíritu limpio de lo sencillo y lo humilde. Se entrevén nuevas manifestaciones plásticas ligadas de forma absoluta a la vida. Se niega toda actividad marginal a la misma, y se avanza en un brillante caminar, entre voces hechas de solidez granítica, cantos lentos de esperanza.

Si intentáramos dar una solución al futuro del arte, atentáramos contra este principio de autodeterminación. Los hombres representativos de la estética de nuestra hora están obligados a trabajar de una forma intensa, para transformar en realidad la necesidad que se vive en el campo estético. Necesidad extensa, de infinita aprehensión de unos valores.

Es necesario que hombres como Vallés sigan demostrando que esta inquietud no está en crisis, que se intenta lograr siempre algo nuevo en la próxima obra, y que un hallazgo no representa o no debe representar más que un trampolín para alcanzar soluciones plásticas sucesivas, cuyo valor no está en su sentido estricto, sino en la calidad vital de lograrlas.

Vallés lucha por crearse una personalidad independiente. Crea por necesidad. «El día que deje de sentir esta necesidad no pintaré más». Son sus palabras. Por tanto, la obra de un hombre puesto en esta tesitura merece un singular respecto.

Dinámica, espíritu primitivo y materia, he ahí las preocupaciones básicas de Román Vallés.

Román Vallés es otro eslabón más de estos hombres a los cuales el espíritu de su tiempo no se les escapa, y quieren ser responsables de su propio sentido de vida.

LUIS BOSCH. C.

nes de aquellos años terribles. Sobre esta circunstancia se alzan sus personajes. Unos setenta. Destacan tres personajes de primera fila; primerísimas figuras, en cuanto a jerarquía de clase espiritual y biológica. Los tres se lanzan a vivir con titánica fuerza, con titánica impotencia. Gigantes aniquilados en nombre de un futuro que no alcanzaron a ver. Y a esta libertad de vivir que les fué hurtada, con fe de niño y maravillosa esperanza, ha levantado Pasternak el singular monumento de su obra, Mensaje indudable de buena voluntad.

L. d'Andraitx.